

DE UNA VEZ POR TODAS

De camino al teatro el bochorno les aplastaba contra el asfalto monótono y gris, o así lo sentía Alicia, y una nube blanca, tendida sobre sus cabezas, proponía tormenta. En la puerta de cristal, un cartel de colores chillones anunciaba la representación del día. Una vez dentro, el griterío de niños y niñas hacía del vestíbulo una suerte de espacio límbico donde tan sólo contaba la satisfacción de los pequeños, mientras los adultos, abnegados, posponían sus tareas todavía un poco más: terminar el proyecto de arquitectura, cocinar para toda la semana, tender dos lavadoras.

Alicia fijó sus ojos, con ternura, en la pequeña Claudia, que, erguida y coqueta, entraba en la sala detrás de Andrés, su padre, quien localizó tres buenos asientos en platea. Alicia apoyó su chaqueta en el respaldo y, al levantar la cabeza, su mirada tropezó con la nuca, seguida de un cuerpo de hombre mayor que vestía camisa, pantalones de pana y zapatos de cordones y que, de pie y de espalda, buscaba algo en una bolsa de mano. Los ojos de Alicia se detuvieron de nuevo en el cogote, aquél cogote que tantas veces había visto ante una pizarra y que ahora, treinta años después, había reconocido de forma inequívoca. Y una grima vieja le subió por el esófago hasta helarle el gesto.

Antes de sentarse con la pesadez de quien empotra en el asiento un peso muerto, el hombre se dio la vuelta y Alicia pudo verle la cara. Y, desde las catacumbas de la memoria de las entrañas, como una bocanada de bilis, un nombre acudió a su boca: padre Nicasio. Ni rastro del hábito, ni del alzacuellos. Le

acompañaban una anciana y una niña algo más pequeña que Claudia. El viejo sentó a la niña en su regazo. Levantaba rítmicamente los talones para hacerla brincar sobre sus rodillas, y, al final de lo que debía ser una canción infantil, estalló en una carcajada que a Alicia le pareció grosera y sucia.

—¿Mamá, me das agua?

—Sí, cariño, está en la bolsa que lleva Papá. Andrés, pásale el agua a la niña, por favor.

Parecían dos ancianos modélicos, allí sentados, con su nieta... ¿De dónde salía aquella repentina familia?

—Mamá, está a punto de empezar.

Se apagaron las luces del patio de butacas y únicamente quedaron los focos del escenario para mostrar a una Cenicienta marchita, con mucho colorete en las mejillas y que, sentada en una silla junto a un gran montón de ropa, cosía el dobladillo de un mantel.

Los ojos de Alicia ya se habían acostumbrado a la oscuridad y se volvió para mirarlo. Seguía con la niña sobre las rodillas y la abrazaba como lo haría un abuelo bueno y cariñoso. Los años le habían rellenado las mejillas y el poco pelo que aún le quedaba formaba un cerco alrededor de la calva, pero Alicia todavía veía al mismo hijo de puta.

Como una ráfaga de aire, irrumpió la madrastra en escena:

—¡¿Quieres hacer el favor de espabilar, holgazana?! ¿Has visto la cocina? ¡Parece un bufete de cabras!

Sus ojos eran los mismos. Le pareció volver a verle sacar el rosario del cajón, en un ritual que indicaba el comienzo de otro día fatídico.

—¿Cómo te atreves a formular una pregunta tan estúpida? En esta santa escuela no deberían haber permitido jamás que entrase el género débil. ¡Si por lo menos tuvieseis el don de la modestia y la discreción! Aprended que lo único que podéis hacer para servir a Dios es callar y obedecer.

¿La estaba mirando? Tal vez se había percatado de que le observaba, quizás la había reconocido...

—Pero tú qué te has creído, mocosa? ¿Que vivirás aquí de regalado? Cose más deprisa y no me mires a los ojos cuando te hablo. ¿Me oyes?

—Si no le miraba a los ojos, padre Nicasio.

—Me estás replicando?

—No, padre

Colleja.

—La mujer es una burra tozuda, un gusano terrible en el corazón de la humanidad. Hija de la mentira, centinela del infierno. ¡Ella fue quien expulsó a Adán del Paraíso! Pequeña semilla del mal... ¿Entiendes tu culpa?

—Sí, madrastra.

No, no la había reconocido. Estaba ensimismado, parecía disfrutar de la representación.

Alicia se frotó las manos y se puso la chaqueta sobre los hombros.

—¿No te dije que permanecieras callada, Alicia Duarte? ¿Quieres que te golpee en los dedos? Me parece que sí que quieres... Te espero después de clase en mi

despacho.

—Alicia, no dejas de moverte y de darte la vuelta. ¿Qué te pasa?

—Nada, Andrés, perdona.

Todavía podía ver sus mejillas encendidas y cómo la ira multiplicaba su fuerza cada vez que volvía a levantar el brazo:

—¿Qué? ¿Duele? ¡Los dedos rectos y juntos! Te quedan ganas de replicar, todavía? ¿Qué es este charco? ¿Te has meado encima? ¡Qué asco! Márchate. Y no te quites las bragas. Irás todo el día mojada: que todo el colegio se dé cuenta del hedor que desprendes.

Tenía las mejillas heladas y una gota de sudor bajaba por su frente. Como si pudiera sentir su congoja y sin apartar la vista del escenario, Claudia le cogió la mano con su manita caliente, y sus deditos carnosos devolvieron a Alicia al presente.

—¿Al baile quieres ir? ¿Tú? ¡Ha ha ha! ¡Qué ocurrencias! La mosca muerta en el baile... ¿Qué son esas ínfulas de gran señora? ¿Quién te has creído que eres? No ves que las mujeres no tienen el sentimiento ni la inteligencia de la música, como tampoco tienen el de la poesía ni el de las artes plásticas? Reflexionad: nunca el segundo sexo ha podido producir una obra completa y original, fuere en el ámbito que fuere. Como decía el amigo Schopenhauer, las mujeres son criaturas de ideas cortas y cabellos largos. ¿Lo has entendido, Alicia Duarte?

Alicia estaba empezando a marearse. La carroza apareció en escena y ella sintió las sienas latirle intensamente mientras sonaban los primeros acordes de piano que anunciaban el baile.

—Mamá, ¿y si se olvida de que a las doce se tiene que ir?

Alicia sintió un tirón en la manga:

—¡Mamá!

—Claudia, perdona, dime.

— ¿Y si se olvida de que a las doce se tiene que ir?

—No se olvidará, porque oírás las campanadas.

Por fin la representación llegaba a la coda y el zapato se convertía en la pieza más anhelada del rompecabezas de la vida de la —hasta entonces y habría que verse después— desdichada Cenicienta, y encajaba, ansioso, en su delicado pie. A continuación, desfilaban fiestas y celebraciones, y todos los personajes bailaban cogidos de la mano, incluidas la madrastra y sus dos hijas de abotargadas y verrugosas narices.

A Alicia se le quedó una sensación de estómago revuelto muy desagradable. Se encendieron las luces de platea y los espectadores dejaron de serlo. Algunos bostezaban, otros se iban más o menos entumecidos. Nicasio estaba junto a la puerta que daba al vestíbulo, con su supuesta mujer y su presunta nieta, que, de la mano, se dirigían a los excusados. Se quedó solo. Tenía que ser ahora, o nunca.

—Andrés, quédate con Claudia, por favor. Nos encontramos fuera, en la puerta principal.

—¿A dónde vas?

Lo interceptó en el vestíbulo y se plantó delante de él. En un instante se le secó la boca y se reconoció incapaz. Y escuchó una voz, que era la suya:

—Padre Nicasio.

—Se equivoca. No soy cura.

—Tal vez no lo sea, pero lo fue.

—Diría que se confunde.

—Diría que no.

El hombre miró, con inquietud, hacia la puerta de los servicios.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—No me reconoce, Padre? Soy Alicia Duarte.

Se hizo un silencio largo como un Avemaría, antes de que él preguntase:

—¿Y qué diantres quiere, de mí?

Olvidarle para siempre, quisiera.

—¿Que qué quiero? ¿De veras no se acuerda, de mí? Porque yo sí que me acuerdo de usted, padre Nicasio...

El hombre la miró de tal modo que a Alicia le resultó obvio que, efectivamente, la recordaba.

—Quiero que me pida perdón.

El anciano permaneció mudo y desvió nuevamente la mirada hacia los aseos, de donde su mujer y su nieta ya estaban saliendo.

—Cómo pudo ser tan cruel? Era una niña, sólo un poco mayor que ella... —dijo Alicia señalando a la niña que, junto a la abuela, aún lejos, volvía sobre sus pasos hacia donde se encontraban ellos.

Las piernas separadas pidiendo estabilidad y la piel blanca, brillante de sudor, conferían a Nicasio el aspecto tétrico de un muñeco de cera.

—Pídame perdón, Padre.

El viejo se balanceó ligeramente hacia adelante y agachó la cabeza, como la última

inercia de un tentetieso antes de detenerse definitivamente.

—Le odio tanto... No podía desaprovechar la ocasión de transmitirle todo el asco que me da.— pudo decir Alicia por fin.

De repente, en un gesto absolutamente teatral, el padre Nicasio se agarró el pecho con ambas manos, emitió un jadeo entrecortado, y se dejó vencer, cayendo de rodillas delante de Alicia, en lo que a ella le pareció el retablo sublime de un perfecto acto de perdón. En unos pocos segundos largos como días, de las profundidades de su alma nacieron las primeras notas de una lacrimosa cargada de culpa y misericordia, e impregnaron una imagen que, por bien o por mal, Alicia nunca más tenía que olvidar:

Lacrimosa dies illa / Qua resurget ex favilla / Judicandus homo reus.

Pie Jesu Domine / Dona eis requiem / Aaaaameeeeeennn.

Aquello, para el padre Nicasio, fue más bien fruto de la incomprensible acción de un puño invisible y despiadado que le retorció el corazón con creces. Todavía permaneció un momento de rodillas, mirando a Alicia con los ojos desencajados, hasta terminar de caer, de costado, al suelo.

—¡Nicasio!

Su mujer, avanzándose a la nieta, corrió hacia donde yacía el anciano, lanzando un alarido desesperado:

—¡Nicasio!

Se agachó y, con cuidado, como si temiese que el alma del desdichado se terminase de quebrar, le puso una mano en la nuca y la otra sobre el pecho. Acercó su cara, sofocada por la angustia, a la de él, y sintió que su marido se deshacía

entre sus brazos como un cirio encendido en un candelabro.

Entonces fue cuando la anciana alzó la vista y clavó los ojos en Alicia, que permanecía inmóvil entre el corro de curiosos que se había formado alrededor de la escena, la mirada fija en las grandes y callosas manos que acababan de perder lo que les quedaba de fuerza.

—¿Quién eres tú?

Alicia caminó dos pasos hacia atrás mientras se encogía de hombros, negando instintivamente con la cabeza, antes de fundirse entre el gentío que intentaba abandonar el recinto. Al salir del teatro, sintió la brisa otoñal acariciarle las mejillas. Suspiró, incapaz de asimilar lo que acababa de ocurrirle. Claudia corrió hacia ella y se lanzó a sus brazos. Andrés siguió los pasos de la niña.

—¿Alicia, qué ha pasado allá adentro?

Eso es lo que yo quisiera saber, Andrés.

—Un infarto, creo.

—¡Mamá, la plaza está llena de charcos! ¿Habrá habido tormenta, mientras estábamos en el teatro?

Alicia se fijó en el color rojizo de la tierra mojada.

—¡Desde luego! Ya lo creo, que sí...

—¿Mamá, tú crees que la Cenicienta pudo perdonar a la madrastra?

Alicia cogió la pequeña mano de su hija y los tres comenzaron a andar. Claudia, sin esperar respuesta, pronunció un tengo hambre con todas las letras. ¿Tienes hambre? Si son sólo las... Alicia consultó su reloj de pulsera. Eran las doce del mediodía, sólo las doce. En un gesto espontáneo, miró hacia el suelo y se

observó los pies. Constató que calzaba ambos zapatos y, exhalando un profundo y prolongado suspiro, levantó la mirada de una vez por todas.

Susanna Batalla